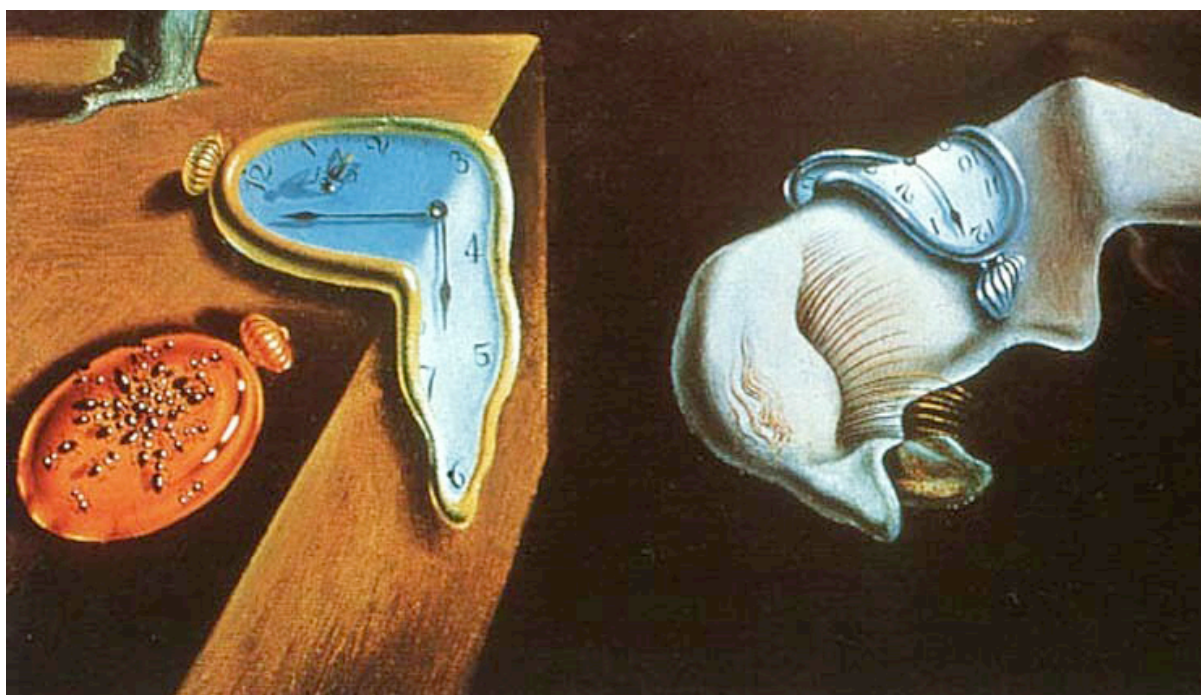


## ¿VALE ALGO EL TIEMPO DE LA GENTE?

Carlos E. Solivéz



Fragmento de *La persistencia de la memoria*, óleo de Salvador Dalí.

En estos tiempos de crisis económica, inflación galopante y deuda externa gigante<sup>1</sup>, es de vital importancia saber cuáles son los recursos reales con que contamos. Sabemos que somos un país relativamente rico ya que tenemos la mayor parte de la materia prima, alimentos y manufacturas esenciales para llevar una vida digna, aunque austera en lo material. El problema reside, entonces, no tanto en lo que tenemos sino en cómo lo aprovechamos y, particularmente, en cuán bien lo distribuimos.

---

<sup>1</sup> En el momento en que se escribió este artículo Raúl Ricardo Alfonsín acababa de asumir la presidencia de la Nación, dando fin a la dictadura del Proceso de Reorganización Nacional. La inflación mensual era del 20%, la deuda externa rondaba los USD 45.000 millones y la tasa de pobreza era cercana al 40%. Para auxiliar a las familias que no podían satisfacer sus necesidades básicas, Alfonsín lanzó entonces el Plan Alimentario Nacional (PAN).

Toda esta riqueza es sólo ilusión si no se extrae la materia prima, se cultivan los campos, se crían los ganados y se fabrican y comercializan los productos derivados. Ésto requiere esfuerzo humano e inteligencia para organizar adecuadamente ese esfuerzo. La conclusión ineludible es que la verdadera riqueza de un país es su gente. Surge entonces la pregunta: ¿estamos realmente aprovechando bien esta riqueza? La respuesta es claramente negativa por muchas razones, de las cuales mencionaré sólo tres.

La primera razón es que continuamente perdemos hombres y mujeres del más alto nivel de especialización manual e intelectual que emigran buscando un ambiente más favorable para el desarrollo de sus actividades. La segunda es el poco eficiente uso de la capacidad de los argentinos que todavía estamos aquí. Valga como ejemplo tanto el caso del ingeniero electrónico que trabaja como taxista, como el del obrero o empleado a quien no le permiten poner en práctica la manera mejor que ideó para hacer sus tareas.

Los dos problemas anteriores son graves y es importante resolverlos, pero la solución no es sencilla ni posible a corto plazo. El tercer aspecto es quizás, si bien no trivial, probablemente más fácil de solucionar que los mencionados, y concierne al desperdicio que continuamente se hace del tiempo de la gente.

Hay en mi ciudad (Bariloche) una sucursal de un importante banco estatal en donde para hacer cualquier trámite usual hay que hacer, en promedio, una cola de quince minutos. El número de operaciones que allí se realizan por día es del orden de tres mil, de manera que suponiendo un promedio de dos operaciones por persona, pasan por allí mil quinientas personas por día. Si hacemos una cuenta en base a veintidós días hábiles por mes, ésto da un total de más de siete mil ochocientas horas hombre mensuales desperdiciados solamente en esta oficina pública.

Hay que hacer colas para despachar una carta, para pagar el impuesto inmobiliario, la patente del auto y la cuenta del teléfono. Hay que esperar, esta vez horas y no minutos, para ser atendido tanto por un médico particular como por uno de hospital. Hay que abandonar el trabajo o las tareas del hogar, recorriendo a veces largas distancias, pagando un boleto de ómnibus, dejando de hacer otras actividades útiles, o por lo menos no tan alienantes, para ir a esperar muchas veces de pie, sin poder hacer nada más que matar el tiempo.

No es exagerado estimar que cada uno de los adultos argentinos pierde cuatro o cinco horas mensuales en tareas totalmente improductivas como las mencionadas. Teniendo en cuenta que hay dieciocho millones de adultos en el país, esto da un total anual de más de mil millones de horas-hombre. Si asignamos a cada hora un valor de medio dólar (lo que impresiona mucho más, ya que hemos perdido totalmente la noción del valor de nuestro peso) esto da quinientos millones de dólares anuales tirados a la basura.

La cifra es casi el diez por ciento de las exportaciones anuales argentinas, más que el de la mayoría de las exportaciones no tradicionales. Creo que me he quedado corto en la cuenta y que en realidad el monto es bastante mayor, pero aún así las cifras son impresionantes. Quizás en este aspecto también hayamos logrado un récord mundial. La pregunta de cómo evitar esta "inversión" improductiva creo que tiene una respuesta relativamente fácil en todos los casos mencionados, y en la mayoría de los ejemplos adicionales que el lector mismo fácilmente encontrará.

Una simple multiplicación muestra que en el caso de la institución bancaria el país gana si se contrata a un empleado adicional. De la misma manera se puede implementar el pago de cuentas con cheque y por correo, y seguramente no es tan difícil instalar en los correos máquinas expendedoras de estampillas como existen en tantas partes del mundo.

Creo que es un interesante desafío a la imaginación, y un ejercicio práctico de solidaridad social, el que cada uno de nosotros se ponga a pensar la mejor manera de salvar algo de ese tiempo, precioso porque es finito, que el país necesita para fines mejores. Recalquemos, sin embargo, que el desafío es individual, hay que pensar y proponer pero también bregar para que se aplique. La tan escuchada frase "habría que hacer..." evidencia la posición negativa del que critica pero no hace nada. Hagamos, empezando con cosas tan simples como las mencionadas.

Publicado en el diario *Río Negro* del 24 de diciembre de 1983, p. .